

---

## CAPITULO II.

---

En que se vé una extraña persona haciendo un trayecto extraño.

Habia pasado algun tiempo desde el dia en que el vencedor estandarte del rey don Alfonso VI, habia ondeado sobre el alcázar de Madrid.

Pero Cantueso continuaba siendo alcaide del castillo de la Mujer Muerta, y la Puebla de este mismo nombre estaba ya completamente reconstruida y repoblada cuando sobrevino la noche de Navidad del año 1084, cerrada y temerosa noche de tormenta.

Parecia que la furia de los elementos desencadenados no permitia que nadie, fuese cual fuese el interés ó la necesidad que para ello tuviese, marchase por la montaña.

A más del terrible aguacero, de la fuerza in-

calculable del viento, de las terribles detonaciones, cada una de las cuales representaba un rayo, los pasos estaban interceptados.

Cada barranco era un torrente.

Cada rambla un océano espumoso, que se precipitaba llenando una inmensa extension de monte á monte.

Quien no ha visto una tormenta en la montaña no sabe ni aun puede concebir lo que es una tormenta.

Parece que el globo va á desquiciarse, que el agua va á inundarlo todo.

Ruedan las peñas desgajadas de las cortaduras.

Los árboles, arrancados de su asiento, son arrastrados por las corrientes.

Alguna habitacion humana que creian segura sus habitantes por estar situada en lo alto de una peña, es arrebatada por el aluvion que aquella peña ha surmontado.

Los animales salvajes, las alimañas, se esconden en el fondo de sus agujeros, de sus guaridas, y aún allí perecen muchos.

Las águilas y los buitres, allá en sus altos nidos, en los bordes de la roca, unen aterrados su estridente y poderoso graznido á los múltiples estruendos de la tempestad.

No, no es posible ni aún suponer el paso de una persona humana por la montaña durante una de estas horas terribles, supremas.

Sin embargo, en la noche de que nos ocupamos un sér humano, contrarestando el huracan, aguantando el aguacero, sin espantarse de las frecuentes exhalaciones que con un fragor tremendo tenian lugar á cada paso, avanzaba con paso firme y poderoso hácia el castillo de la Mujer Muerta por las primeras vertientes del grupo de rocas, sobre el cual en lo más alto el castillo se asentaba.

A la luz de los relámpagos se veia á este hombre trepando de peña en peña, tomando un largo rodeo, cuando llegaba á un barranco ó á una quebradura llena de agua, para encontrar un vado que le permitiese seguir su avance.

Tentaba la corriente, y á veces llegándole esta hasta la cintura, y á pesar de su violencia, la atravesaba y aparecia en las peñas del otro lado, imposible, como si nada hubiese pasado por él, como si el punzante frio que hacia, aumentado por estas mojaduras contínuas, no hubiera sido bastante para detenerle.

Este hombre era negro, jorobado, monstruoso.

De sus ojos feroces arrancaba la luz del relámpago destellos lúgubres.

Iba vestido de rojo.

Llevaba un brillante capacete, y fajas de acero ceñian su pecho.

Su hacha de armas, de astil corto, pero de cuchilla enorme, pendia de su cintura.

En un cinto de cuero hervido, se sujetaba un largo puñal, que casi casi podía tomarse por espada.

Sobre su cabeza, que era enorme, llevaba un fuerte escudo de luciente acero y de gran tamaño, que casi casi le servia de paraguas.

El conjunto de este hombre, cuya estatura apenas llegaria á los cuatro piés, era híbrido extraño, reluciente, opaco, siniestro, sombrío.

Más que andar saltaba.

Se le veia deslizarse de roca en roca, de peña en peña.

Habia veces en que á la luz temblorosa del relámpago parecia como que volaba con alas de cuervo.

Su mirada se fijaba con una gran insistencia en la alta peña donde se levantaba la pesada masa del castillo de la Mujer Muerta.

Un torreón gigantesco, rodondo, orlado por almenas puntiagudas, que semejaban á una corona, dominaba un apelmazamiento de torres y muros mucho más bajos.

En la parte media del torreón, cuando no lucía el relámpago, cuando la densa sombra lo ennegrecía todo, se veía el reflejo de una luz fuerte, transparentándose en las grandes vidrieras de colores de un esbelto y elegante agimez árabe.

Tal vez allí en la cámara de honor del castillo se celebraba la cena de Navidad.

¿Qué importaba á los habitantes de la fortaleza la tempestad?

Sus torres y sus muros eran bastante fuertes para desafiar al huracán y aun para no temer al rayo.

El sér monstruoso siguió su extraña y potente marcha hasta que llegó al resalte del pequeño espacio estendido bajo una peña saliente en que se encontraba el brocal de aquel pozo sin fondo por donde hemos visto desaparecer á la desventurada mora conducida por un sér monstruoso que, si no era el mismo que avanzaba en el momento en que nos encontramos por la montaña, se le parecía mucho.

La peña que sobre el brocal se inclinaba le protegía de tal manera, que no solo en el pozo no penetraban las corrientes que de lo alto de las peñas venían, pero ni aún la lluvia.

El negro jorobado llegó al brocal del pozo, y sin detenerse ni un momento para tomar des-

canso, salvó el brocal y se dejó calar al fondo como una araña, como un reptil, asiéndose á las asperezas del largo tubo, y descendiendo por ellas con la misma seguridad que si hubiese descendido por unas escaleras.

El tubo no era tan ancho que el jorobado no pudiese apoyar en él por ambos lados sus piés y sus manos.

La rapidez con que descendía era maravillosa.

Parecía como que además del poder tenía la costumbre.

Al fin, y como á una profundidad de cincuenta metros, el jorobado se detuvo en el descenso.

Oprimió una piedra en el lugar en que se encontraba, se oyó un rechinamiento y se practicó la entrada de un pasaje.

El jorobado dejó el tubo y tomó aquel pasaje.

Se oyó un nuevo rechinamiento.

La puerta secreta se había cerrado.

El hombre buscó á tientas, pero con seguridad, y encontró en un hueco, eslabon, pedernal, yesca y una pajueta de azufre.

Hizo luz y encendió una pequeña antorcha.

Entonces se vió que estaba en un pasaje como de un metro de anchura y dos de altura, revestido de una dura argamasa gris, luciente, como si hubiera sido de mármol pulimentado.

A la luz de la antorcha, reflejada por aquellas paredes, que eran de un brillo mate, se veía, detalle por detalle, el semblante del jorobado.

Era negro como el ébano, y jecosa extrañal á pesar de la deformidad del cuerpo, de su joroba enorme, de sus muslos torcidos, de sus piernas patizambas, de sus largos brazos, el semblante era hermoso, hermosísimo, con una belleza ideal, pero sombría, semejante á la belleza que pudiera suponerse en un espectro.

En sus ojos brillaba algo espantable, algo sobrenatural, algo que helaba la sangre, algo que parecía provenir de la eternidad.

No podía atribuirse edad á este hombre.

En su semblante no habia arrugas, y ninguno de los signos de la vejez, ni aún de la edad madura.

Pero faltaba la frescura que acompaña á la juventud, ese *quid* espiritual que no puede explicarse.

Parecia como que la forma de la juventud, si es que se nos permite esta frase, se habia estereotipado en aquel semblante, y continuaba á pesar de sus años.

Las manos de este hombre eran enormes, velludas, repugnantes, de dedos largos y huesudos.

Más que manos parecían unas extrañas garras. Debía suponerse que aquellas manos despedazaban cuanto asían.

El túnico rojo que vestía este hombre, y que parecía la única prenda de su traje, no pasaba más abajo de sus rodillas.

Sus cortas y robustas piernas estaban cubiertas por unas calzas de gruesos puntos de lana oscura, y unas abarcas que no le pasaban de sobre los tobillos sujetas por filamentos de cuero, protegían sus piés.

Llevaba desnudos los brazos hasta el hombro, y en ellos dos anillos ó ajorcas de plata con inscripciones árabes en caracteres cúficos.

Al cuello llevaba una fuerte argolla, de plata también en que aparecían grabados caracteres de igual género.

Esta argolla tenía en la parte anterior una anilla.

Era sin duda el negro jorobado esclavo.

Pero ¿y de quién?

El distintivo que llevaba al cuello lo demostraba.

Más adelante sabremos quién era el señor de este esclavo.

Si lo era aún, ó si conservaba por alguna razón los signos de una esclavitud pasada.

El hermoso y terrible jorobado avanzó por la mina.

Esta mina era pendiente.

De trecho en trecho se encontraba una sucesión de tramos en ángulos rectos, torciendo los unos sobre los otros, que venían á ser como una escalera sin peldaños.

Los árabes para fatigarse ménos en las subidas de sus torres y de sus aluminares usaban las rampas.

Ejemplos son la gigantesca Giralda de Sevilla y la pequeña torre de la antigua mezquita, convertida en iglesia despues de la conquista con la advocacion de San Juan de los Reyes que existe en Granada.

La única diferencia que existe entre las dos torres es la dimension.

A lo alto de la Giralda de Sevilla puede subirse á caballo y aún en un pequeño carruaje.

Por las estrechas y cortas rampas de la bella y elegante torrecilla de San Juan de los Reyes de Granada, apenas si cabe una persona de frente.

Un hombre obeso no podría pasar.

Así de rampa en mina y de mina en rampa, el jorobado ascendió á una grande altura.

Entró al fin en una cripta extensa, sostenida

por una multitud de anchos pilares, sobre los cuales se asentaban pequeñas bóvedas deprimidas en cruz.

Las calles, formadas por estos pilares, aparecen en dos sentidos, en el sentido recto y en el sentido diagonal.

La anchura de pilar á pilar era como de tres metros, y de tres metros la altura de la bóveda.

El pavimento era de mármol y aparecía intacto, como si se le hubiera acabado de construir.

Los pilares y las bóvedas estaban revestidos de una especie de argamasa fina, compacta, ro-giza, dura como el mármol.

No aparecía allí vestigio alguno de humedad.

La construcción aparecía tan intacta como si hubiera sido reciente.

El jorobado avanzó en línea recta, recorriendo una extensión como de doscientos metros.

Al fin llegó á un crucero y á una pequeña puerta chapeada de hierro, asegurada por un grueso cerrojo.

Aquella puerta era tan baja, que para pasar por ella habia necesidad de doblarse completamente y aún de plegar las rodillas.

El jorobado sacó de debajo las fajas de acero que ceñían su cintura y la parte de su pecho

hasta debajo de los brazos, una llave corta, gruesa, de anchas guardas caladas con una labor extraña, una de aquellas llaves maravillosas de la Edad Media que hacen pensar en una cerradura que no se explica en cuanto á su mecanismo.

El jorobado descorrió el cerrojo, se inclinó y pasó.

---

---

### CAPITULO III.

---

**En que se encuentra perfectamente viva y hermosa á una interesante criatura que se creia muerta.**

Encontróse inmediatamente el jorobado, en un pequeño espacio octógono, desnudo de bóveda, deprimido.

Al frente de la puerta de entrada, habia otra puerta, pero no ya de hierro, sino de aloé ó cedro, ornamentada con algunas sencillas labores árabes.

Esta puerta era de dos hojas, y capaz para dar paso á una persona de buena estatura.

Aquella puerta no estaba asegurada, puesto que el jorobado para abrirla, no hizo otra cosa que empujar una de las hojas.

Antes de entrar dejó arrojada, pero sin apagar, la antorcha sobre el pavimento.

En la habitacion de adentro no necesitaba luz. Estaba iuminada.

Era un retrete magnífico.

Todo el lujo que puede suponerse en la arquitectura árabe de aquel tiempo existia allí.

De una alta cúpula estalactúica en que la vista se perdía en las bellas labores, en los cupulinos, en las tracerias pintadas y doradas de una manera fantástica, admirable, pendia una lámpara de alabastro que exparcia una claridad blanca y ténue, pero bastante para dejar percibir todos los ricos detalles de aquella encantada estancia.

Las paredes labradas prolijamente, de una manera admirable con oro y colores, orladas de inscripciones, se alzaban hasta el friso en que se asentaban los arquitos en que nacian las caprichosas cúpulas.

A la derecha y á la izquierda de la puerta de entrada, en el centro de los muros correspondientes, habia dos elegantes arcos de herradura que por la parte interior se cerraban por magníficas cortinas de brocado.

Al frente de la puerta de entrada habia otro arco semejante que dejaba ver un alhamí ó al-

coba de poca profundidad, cuanto bastaba para contener un ancho y cómodo divanlecho.

El interior de este alhamí estaba cubierto por tapices de brocado púrpura.

Cubria el suelo una alkatifa ó alfombra de Persia.

Anchos jarrones de una riquísima porcelana de vivos colores con labores arábigas é inscripciones del Koran, se veian en los ángulos.

Algunos cogines de damasco bordado de oro con rapacejos y borlas de lo mismo, se veian acá y allá, como para servir de asiento.

Un pebetero redondo, montado en un mecanismo que hacia que aunque el pebetero rodase se conservase siempre el fuego para arriba, exhalaba un delicioso perfume.

A pesar de ser aquel lugar subterráneo, el ambiente era tibio y fácil.

Sobre el lecho, extendida, reclinada sobre su brazo derecho, atenta al jorobado que acababa de entrar, habia una mujer, una niña, una hada, un arcángel del sétimo cielo, como diria un musulman, blanca como el nácar, rubia como el oro vírgen, con los ojos negros como el fondo de la noche y lucientes con un fuego irresistible, emanacion de un alma volcánica y dulce, enamorada y lánguida.

Tenia la cabellera recogida en dos largas y gruesas trenzas, las cuales caían sobre el hombro izquierdo y se extendían sobre el diván.

Grandes arracadas de oro y perlas que casi tocaban á sus hombros, pendían de sus orejas.

Un collar de gruesas perlas rodeaba en tres vueltas su magnífica garganta y caían sobre su seno, mostrando en su extremo un medallón esmaltado guarnecido de diamantes, en que aparecían algunos signos extraños.

Su traje era una larga túnica blanca de cachemir de la India, y un caftán azul de seda brocatel de oro.

Un cingulo de pedrería ceñía la túnica blanca.

Los brazos de esta encantadora é irresistible beldad, haciéndola más irresistible, estaban descubiertos hasta el hombro, y en ellos, en la parte superior, aparecían ajorcas de oro y diamantes.

En el dedo del corazón de la mano derecha tenía una hermosa sortija con un enorme carbunco, y un pie pequeño, delicioso, curvo, mórvido, que aparecía bajo la túnica, estaba calzado por un borceguí de seda escarlata bordado de aljófar.

En la bella garganta de este pie se veía otra ajorca de oro y diamantes.

Por último, una elegante y pequeña toca azul

bordada de aljófar ceñía la parte superior de su cabeza.

Su garganta aparecía completamente descubierta y bajo ella, hasta el nacimiento de su seno.

En la parte superior del seno á la izquierda se veía una cicatriz triangular y de un vivo color rojo.

Esta jóven debía haber sido gravemente herida alguna vez.

Lo había sido en efecto, porque esta jóven no era otra que aquella que el alcaide de la fortaleza de Alfagor había encontrado en la mezquita de la Puebla de Alfagor la noche en que la había tomado con los escuderos del Cid incendiándola y pasándola á cuchillo.

Era en efecto Sayda (1) Giazul, la hija adoptiva del sacristán ó almueden de la mezquita de Garb-Ben-Koixa-el-Ferax, de una manera tan desastrada muerto por el alcaide Pero Cantueso de la Redondela.

Este había creído muerta á Giazul y por muerta la hubiera tenido cualquiera otro.

Abdel-Zinka, que así se llamaba el esclavo negro y jorobado, la había creído muerta también.

(1) Sayda, en árabe, quiere decir, señora.

Sin embargo, la habia arrebatado.

—Ni aun el cadáver de la vírgen de Alfagor profanarán esos perros *rumies* (1),--exclamó al asirla y al escapar con ella.

Abdel-Zinka ganó como sabemos la salida de la puebla, atravesó la vega, subió las primeras quebraduras y desapareció por el pozo.

Poco despues depositaba en aquel mismo divan en donde de nuevo la encontramos á Giazul, y la examinaba profundamente.

Parecióle sentir un levísimo latido del corazon de la desventurada.

Entonces Abdel-Zinka se consagró á volverla á la vida.

Conocia la medicina, la botánica, las yerbas que curan y las yerbas que matan.

Abandonó por un momento á Giazul.

Salió de nuevo por la mina y por el pozo á la montaña, y á pesar de ser de noche buscó y encontró rápidamente las yerbas que necesitaba.

Volvió junto á Giazul.

Machacó aquellas yerbas.

Las aplicó sobre la herida, veló junto á la jóven, y al fin logró salvarla despues de algunos dias en que estuvo entre la vida y la muerte.

(1) Cristianos.

Para que nuestros lectores no encuentren confusion en nuestro relato, necesitamos ponerlos en algunos antecedentes, y para ello pasar á otro capítulo.